

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo

De "aquello" tomo 1
D. Completas V1

La raza y la guerra civil



El artículo que a propósito de otro del semanario inglés "The Saturday Review" dediqué aquí mismo a la independencia de Ibero-América me ha valido ya, entre otras cosas, una carta de mi antiguo y buen amigo el argentino Manuel Ugarte, a quien antaño prologué —¡lo que corre el tiempo!— sus "Paisajes parisienses" —no "parisinos", ¡por supuesto!— y que ahora me remite la última y definitiva edición del libro en que bajo el título de "El porvenir de la América española" ha recogido sus trabajos en pro de la independencia efectiva, política, cultural y moral, de las naciones de lenguas española y portuguesa en América.

La primera parte del libro se titula: "La raza". Convendría acabar con ese equívoco de la raza o darle un sentido histórico y humano, no naturalístico y animal. Raza quiere decir lo mismo que raya o línea; una "raza" de sol dicen por aquí del haz de luz solar que se cuele por una rendija en un aposento a oscuras. Pero hay una raya o línea histórica y espiritual que tiene muy poco que ver con la sangre. Há tiempo que se dijo que la lengua es la sangre del espíritu. La lengua con todo lo que lleva en sí acumulado a presión de siglos. Y la raza histórica —no naturalística— humana —no animal— es algo no hecho sino que está haciéndose de continuo, que mira al porvenir y no al pasado. Y en cuanto mira al pasado se llama más bien abolengo, que deriva de abuelo.

Pero si se entiende bien lo de raza no está tan mal hablar de Fiesta de la Raza, aunque la fiesta está mal. Entre otras cosas, para que rabien los que no se resignan al dominio de la lengua española y los que han inventado eso de América latina, como si se hablara allí el latín.

Hay, claro, en la América española un problema de razas en el otro sentido, en el naturalístico y animal, aunque mucho menor que en otras de aquellas naciones en la Argentina, patria de Manuel Ugarte —cuyo apellido, como tantos allí, es vasco— ya que ni el indio ni el negro, ni el mestizo ni el mulato son allí un problema grave. Y donde persisten esas

razas animales es la historia la que hace su fusión en una raza humana, histórica, civil, fundada en la lengua y lo que ésta lleva consigo, que es cultura.

Acabamos de leer un libro de un venezolano, don Laureano Vallenilla Lanz, titulado "Cesarismo Democrático" y cuyo primer ensayo se rotula: "Fué una guerra civil". Refiérese a la guerra por la independencia de Venezuela, a la que dirigió el gran venezolano y grandísimo español Simón Bolívar, una de las más grandes y más universales figuras de nuestra común raza española. Porque Bolívar, de apellido vasco, de sangre... ¿quién sabe?, de nacimiento caraqueño, aprendió a pensar y a sentir y a querer —porque se siente y se quiere con lenguaje— en español.

Tiene razón el señor Vallenilla Lanz; la guerra por la independencia de Venezuela, en que peleaban alguna vez criollos de parte de los "realistas", y españoles de nacimiento, de parte de los "patriotas" o americanizantes, fué una guerra civil. Y aún podríamos decir, reproduciendo la expresión de nuestro Lucano —"bella... plus quam civilia", dice en el primer verso de su "Pharsalia"— que más que civil. Lleva razón el señor Vallenilla al considerar a José Tomás Rodríguez Boves, terror de los "patriotas", aunque nacido en Oviedo de Asturias (en 1783) como un criollo más. "No puede ser considerado —dice— como español, en el sentido de extranjero, con que ha querido presentárselo". Allí se crió; allí se hizo.

Otro día comentaremos lo que el señor Vallenilla dice de los españoles oscuros radicados en Venezuela, "identificados por sus oficios con la parte más baja de la población" y "los verdaderos representantes de España, que fueron —dice— en general humanos, generosos, justicieros". Ahora, a reserva de volver sobre esto, vamos a otra cosa.

La guerra por la independencia patria fué en Venezuela —y quien dice en ella dice en las otras naciones españolas de América— una guerra civil y su fruto fué un fruto de civilización: la fragua de la raza his-

tórica con las variedades animales o de sangre. Y toda guerra civil es

una guerra humana e histórica, por cruel que sea, no animal y naturalística, no malthusiana. Gracias a la guerra civil que produjo la independencia de Méjico pudo llegar a gobernar a éste, primero aquél indio de pura sangre que fué el excelso Benito Juárez, clarísimo espejo de patriotismo, y luego el mestizo Porfirio Díaz.

Si, las únicas guerras humanas y civilizadoras son las guerras civiles, cuando los adversarios se entienden unos con otros, cuando pelean acaso por el distinto valor que se debe dar a una misma palabra común. Y el fin de una guerra civil suele ser la fragua y el remache de la raza histórica, de la raza humana.

Nuestra guerra por la independencia de España, contra sus ejércitos de Napoleón ¿no fué acaso también en gran parte una guerra civil? Es que no había españoles afrancesados y liberales, tan españoles como los otros —si es que no más— y algún francés, como aquel Espagnac, que fué luego conde de España —¡de España!— que por espíritu reaccionario se apartó luego de su patria de origen y se puso al servicio del absolutismo del Borbón —de origen francés— que regía indigna y vilmente a España, después de haberse arrastrado ¡cobarde! a los pies de Napoleone Buonaparte, que no fué francés de origen ni acaso de espíritu?

Y esto podemos y debemos aplicarlo a nuestra España de aquí. También aquí hay que fraguar y remachar la raza, hay que hacer el pueblo. Y se le hace dándole sentido universal y humano y civil de españolidad. Y para ello es inevitable la guerra civil. El toque está en hacerlo lo más civil y humanamente posible.

MIQUEL DE UNAMUNO

